

ron a éstos nuevos cristianos, y rezando e imponiéndoles las manos, les hacían participantes del Espíritu Santo; y entre tanta multitud, sólo Simón Mago fue declarado indigno de participar de este sagrado don.

En otra ocasión, el ángel del Señor le avisó a Felipe en el camino de Gaza para que ayudase a aquel religiosísimo eunuco etíope, y oyó del Espíritu Santo que le decía: “Acércate y júntate a ese carro”. Y habiendo subido al carro, adoctrinó al etíope y le bautizó, y de este modo pudo enviar a Etiopía a un nuevo apóstol, según lo que está escrito: “Etiopía levantará sus manos al Señor”. Y raptado de nuevo por el ángel, predicaba por orden en todas las demás ciudades el santo Evangelio.

26. Del mismo Espíritu Santo fue lleno también San Pablo, después que fue llamado por Nuestro Señor Jesucristo. Y sírvanos de testigo para esto aquel piadoso Ananías que por entonces se encontraba en Damasco, y que le dijo: “El Señor Jesús, que se te ha aparecido en el camino por donde venías, me envía a ti para que vuelvas a recobrar la vista y seas lleno del Espíritu Santo”. Lo cual tuvo lugar en el mismo instante, porque primeramente le devolvió la vista, y al imprimirle en su alma el sello del Espíritu Santo, le hizo vaso de elección para que fuese a llevar el nombre del Señor, que se le había aparecido, delante de los reyes y de los hijos de Israel. Y así, de perseguidor que había sido antes, se convirtió en apóstol y buen siervo. Y tan buen apóstol salió, que predicó el Evangelio desde Jerusalén hasta Iliria, y después de pasar por Roma se llegó hasta la misma España, y tantos trabajos pasó y tantos milagros hizo, que si nos pusiéramos a contarlos todos, no acabaríamos nunca.

27. Por virtud del mismo Espíritu Santo, Pedro, el príncipe de los apóstoles y llavero del reino de los cielos, mientras estaba en Lydda, hoy Dióspolis, curó al paralítico Eneas, y en Joppe resucitó a aquella bonísima mujer que se llamaba Tabita. Y aquí fue donde, echando un día de siesta en la terraza de la casa, salió su espíritu fuera de sí y vio los cielos abiertos, y en un recipiente que bajaba a modo de lienzo, pudo contemplar a toda serie de animales de distintas formas y naturaleza, con lo que se le significaba claramente que de allí en adelante, no debería considerar como impuro o inmundo a ningún hombre, aunque se tratase de griegos o extranjeros. Y así llamado por Cornelio, oyó claramente

que le decía el Espíritu Santo: “Estos hombres te buscan, levántate, baja y vete con ellos sin temer nada, pues yo te los he enviado a ti”. Y para que se vea claramente que los nuevos convertidos participaban también del Espíritu Santo, estando Pedro en Cesárea, predicando a Jesucristo, llega a decir San Lucas de Cornelio y de los que con él se hallaban: Todavía estaba Pedro profiriendo estas palabras, cuando he aquí que el Espíritu Santo cayó sobre todos los oyentes, de tal modo que los judíos que habían venido con Pedro se admiraban y decían: “Hasta en los gentiles es derramado el don del Espíritu Santo”.

28. Como la predicación del Evangelio produjese admirables frutos en Antioquía, nobilísima ciudad de la Siria, les fue enviado allá desde Jerusalén, un magnífico obrero llamado Bernabé, *varón bueno y lleno del Espíritu Santo*. El cual, viendo una abundantísima mies para Cristo, se fue a Tarso y de allí se llevó a Pablo para Antioquía. Y en poco tiempo el número de fieles se acrecentó de tal modo, que allí fue donde primeramente los fieles comenzaron a llamarse *cristianos*; y yo creo que fue el Espíritu Santo quien les impuso este nombre. Y como allí el Señor derramaba abundantes gracias, pronto se vieron surgir profetas y doctores, entre los cuales estaba Agabo. “Pues mientras ayunaban y ofrecían el sacrificio al Señor, el Espíritu Santo les dijo: “Separadme a Pablo y Bernabé para la obra a la que yo les he llamado”. Y habiéndoles impuesto las manos, fueron enviados por el Espíritu Santo. Con esto puede verse que el Espíritu que habla y envía es un ser viviente y subsistente y que obra con eficacia, como ya lo explicábamos antes.

29. El mismo Espíritu Santo, de común acuerdo con el Padre y el Hijo, fundó en la Iglesia el Nuevo Testamento y nos libró de todas las cargas de la Antigua Ley, es decir, de todo aquello que se refiere a la observancia de los Sábados y Novilunios, de la Circuncisión y la purificación, de los sacrificios y de los alimentos mundos e inmundos. Pues esas leyes, que Dios había dado por razón de las circunstancias, eran la sombra de los bienes futuros; mas al aparecer la verdad con razón fueron abolidos. Y habiéndose suscitado en Antioquía la cuestión de si era obligatorio la observancia de la Ley de Moisés y de la Circuncisión, fueron enviados Pablo y Bernabé a Jerusalén, donde estaban algunos de los Apóstoles, y allí, de unánime consentimiento de todos y por

medio de una epístola ecuménica, libraron a todo el mundo de la obligación de la Ley Antigua y de todo lo que era figura.

Y esto no lo hicieron por propia autoridad, pues la epístola que escribieron decía claramente: “Es parecer del Espíritu Santo y nuestro, el no imponeros más cargas de las necesarias, es decir, que os abstengáis de comer las cosas ofrecidas a los ídolos, de la sangre, de la carne sofocada y de la fornicación”; las cuales palabras indican claramente que, aunque eso había sido escrito por los apóstoles, sin embargo era una orden del Espíritu Santo dirigida a todo el mundo; encargándose Pablo y Bernabé de llevarla por todas las iglesias para que fuese conocida.

30. Habiendo llegado a este punto de mi discurso, me veo obligado a exigir el perdón de vuestra caridad, o, mejor dicho, del Espíritu Santo que habitaba en Pablo, por no poder explicar, como el asunto lo requiere, bien sea por mi debilidad, o por vuestra fatiga de tanto oírme. Porque, ¿cómo podría contar al por menor todas las maravillas obradas por Pablo en el nombre de Cristo y por virtud del Espíritu Santo? Lo que hizo en Chipre, en la casa de Elimas; la curación del cojo de Listris, lo que hizo en Cilicia, en Frigia, en Galacia, en Misia, en Macedonia, la predicación y el lanzamiento del Espíritu de Pitón, en la ciudad de Filipos; la salida de la cárcel después de un terremoto y la conversión del carcelero y de toda su familia, que se hicieron bautizar; sus trabajos en Tesalónica y el discurso del Areópago de Atenas, lo que hizo en Corinto y en toda la Acaya, y especialmente en Efeso, ¿como podría explicar todo lo que por él obró el Espíritu Santo? Porque allí fue donde les explicó el Apóstol la existencia del Espíritu Santo, y después de haberles impuesto las manos fueron todos llenos de Espíritu Santo, y hablaban en varias lenguas y profetizaban. Y tanta era la gracia del Espíritu Santo que San Pablo tenía, que no solamente curaba a los enfermos con su contacto, sino que hasta sus mismos vestidos y sudarios daban la salud y ahuyentaban los demonios; y todos los que ejercían las artes mágicas le llevaban sus libros y los quemaban delante de todos.

31. Paso por alto lo que ocurrió en Tróade con el joven Eutiques, que sentado sobre la ventana y vencido por el sueño se cayó de un tercer piso, habiéndose recogido su cadáver en una espuerta hecha pedazos, fue vuelto por el Apóstol a su primer estado. Y también omito la alocución que dirigió a los presbíteros de Efeso

convocados en Mileto, en la cual les dijo claramente: “El Espíritu Santo me ha revelado todo lo que me ha de suceder en cada una de las ciudades”. Y por estas palabras, *en cada una de las ciudades*, dio a entender Pablo las maravillas que por medio de él obraba el Espíritu Santo, por doquiera que pasaba, mientras predicaba el nombre de Cristo.

También por virtud del Espíritu Santo, se iba acercando a Jerusalén, a pesar de que Agabo le había predicho que allí tendría mucho que sufrir; pero él seguía mientras tanto sembrando en los pueblos la buena semilla del Evangelio.

Conducido a Cesárea, era llevado de tribunal, ya delante de Félix, o de Festo, o del rey Agripa, y sin tener otra ayuda que la gracia del Espíritu Santo, que siempre le asistía; y su sabiduría era tal ante los jueces, que el mismo Agripa le llegó a decir: *Poco falta para persuadirme y hacerme cristiano*. Mientras estaba en la isla de Malta fue mordido por una víbora, pero, por gracia del Espíritu Santo, no solamente se vio ileso, sino que llevó a cabo algunas curaciones de los enfermos que allí había. El mismo Espíritu Santo es el que le condujo a la regia Roma, donde persuadió a muchos de los judíos que allí había para que se convirtiesen a Cristo, y a los que se mostraban recalcitrantes les decía: “Bien habló el Espíritu Santo por Isaías al decir a vuestros padres”, etc.

32. Para que veas que Pablo estaba lleno del Espíritu Santo y lo mismo todos los demás apóstoles y cuantos después de ellos creen en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, oye lo que el mismo Pablo escribe en sus epístolas: “En mis palabras y discursos no he empleado los medios persuasivos de la humana sabiduría, sino que os he mostrado los efectos y el poder del Espíritu de Dios”. Y “nos ha marcado con su sello y nos ha dado por prenda a su santo Espíritu”. Y también: “El que resucitó a Cristo de entre los muertos resucitará vuestros cuerpos por su Espíritu, que habita en vosotros”. Y de nuevo dice a Timoteo: “Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que nos ha sido dado”.

33. Y que el Espíritu Santo subsista, y viva, y hable, y profetice, ya lo hemos dicho muchas veces; pero aún quiero añadir el testimonio de San Pablo: “El Espíritu Santo dice expresamente que en los tiempos posteriores, muchos abandonarán la fe”. Y esto no solamente lo hemos visto en los tiempos anteriores, sino

que lo estamos viendo en nuestros días con los cismas y las herejías que de toda clase están surgiendo por muchas partes.

Y de nuevo dice: “El misterio de Cristo no ha sido revelado a los hijos de los hombres como lo ha sido ahora revelado por el Espíritu Santo a los apóstoles y a los profetas”. Y “como dice el Espíritu Santo”. Y “nos lo ha testificado el mismo Espíritu Santo”. Y dirigiéndose de nuevo a la milicia de justicia dice: “Tomad el casco de salvación y la espada del espíritu que es la palabra de Dios, invocando y rogando sin cesar”. Y “no os embriaguéis con vino, porque en él está la lujuria, sino llenaos del Espíritu Santo, hablando y salmodiando y cantando himnos espirituales”. Y finalmente: “La gracia de Jesucristo y la caridad de Dios y la comunicación del Espíritu Santo sea con todos vosotros”.

34. De todo lo dicho, y de lo mucho que hemos dejado por decir, vemos sobresalir la virtud inteligente, santificadora y operante del Espíritu Santo. Y me faltaría tiempo si quisiera explicaros todo lo que resta por sacar de las epístolas de San Pablo acerca del Espíritu Santo, en las cuales habla el Apóstol de él bajo todos los puntos de vista y de un modo muy completo. Pero la misma virtud del Espíritu Santo nos conceda, a mí el perdón, por lo que me veo obligado a omitir, a causa de los pocos días que nos quedan, y a vosotros, oyentes, os infunda un conocimiento más profundo de lo que no hemos dicho leyendo los Libros Santos, y que por la presente catequesis, así como por todas las pasadas, os aumente la fe en un Dios Padre omnipotente, y en nuestro Señor Jesucristo, su Hijo Unigénito, y en el Espíritu Santo.

Mas como esta palabra *Espíritu* es tomada indiferentemente en las Sagradas Escrituras (y así se dice del Padre: Dios es Espíritu; y del Hijo dice también Jeremías: “El Cristo Señor, Espíritu para nosotros”; y del Espíritu Santo: “El Paráclito o Espíritu Santo”); el orden de nuestro símbolo nos debe bastar para apartarnos del error de Sabelio.

Pero volvamos ya a nuestra materia, porque urge el tiempo.

35. Guárdate de presentarte al bautismo como Simón el Mago, queriendo engañar a los ministros y no buscando la verdad. Porque nuestro deber es de avisaros, pero vuestro, el ponerlos en guardia. Si eres fiel a la fe serás dichoso; mas si alguna vez has caído, rechaza desde hoy mismo esa infidelidad y vuelve con más firme persuasión.

Pues cuando llegue el momento de tu bautismo, acércate al obispo o al presbítero o al diácono (pues en todas las partes se confiere la gracia, lo mismo en las ciudades que en las aldeas, y lo mismo da que sea por medio de un ministro sabio o ignorante, bueno o malo, porque eso no es una gracia proveniente de los hombres, sino de Dios, que se vale de los hombres); así que acércate al que bautiza considerando no lo exterior del ministro, sino con los ojos puestos en el Espíritu Santo, de quien te estamos hablando. Porque él está preparado para sellar tu alma con el signo celestial y divino que hace temblar a los demonios, según lo que está escrito: "En el cual creyendo habéis sido sellados con el santo Espíritu de promisión".

36. Pero el Espíritu Santo prueba al alma, y no arroja las margaritas a los puercos; por lo tanto, si te acercas con hipocresías, los hombres te bautizarán, más no el Espíritu Santo; en cambio, si te acercas con fe, los hombres te conferirán el rito exterior, pero el Espíritu Santo te dará lo que no se puede ver. En el espacio de una hora se hará el gran examen o elección de los que han de ser buenos soldados; y si estos momentos se pierden, ya será para ti un mal incorregible. Mas al contrario, si eres hallado digno de esa gracia, tu alma será iluminada y recibirás una fuerza que antes no tenías; tomarás unas armas terribles para los demonios, y mientras no te despojes de ellas y llevés sobre ti el sello de tu bautismo, serás inaccesible al demonio, y para él un objeto de horror, ya que, delante del Espíritu de Dios, se ponen en fuga todos los demonios.

37. Si creyeres, no solamente recibirás el perdón de los pecados, sino que harás cosas superiores a las fuerzas humanas. Ojalá fuese digno de que Dios te diese el Espíritu de profecía; por lo demás, recibirás tanta gracia cuanta puedas contener, y no cuanto yo diga; pues puede ocurrir que yo me quede corto y tú recibas más, ya que la fe es un vaso inconmensurable. Estarás siempre asistido de un protector y de un consolador, el cual cuidará de ti como si fueses su soldado y vigilará sobre tus entradas y tus salidas, y sobre tus enemigos; y si no le contristare por el pecado, te dará toda clase de gracias y dones, pues está escrito: "No contristéis al Espíritu Santo de Dios, por el cual fuisteis sellados el día de vuestra redención".

¿Qué es, pues, queridos, conservar la gracia? Pues no es otra cosa que estar preparados para recibirla y, una vez recibida, no echarla a perder por el pecado.

38. Que el Dios de todo, que habló en el Espíritu Santo por medio de sus profetas, y que aquí, en estos mismos lugares, le envió el día de Pentecostés, sobre sus apóstoles, a ese mismo os le envíe a vosotros; y que derrame sobre todos nosotros sus bendiciones para que en todo tiempo podamos llevar los frutos del Espíritu Santo, es, a saber, la caridad, la alegría, la paz, la paciencia, la suavidad, la benignidad, la bondad, la fe, la mansedumbre y la continencia, en Cristo Nuestro Señor, por quién y con quién juntamente con el Espíritu Santo sea la gloria al Padre, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.

CATEQUESIS DECIMOCTAVA A LOS ILUMINANDOS

La resurrección de la carne y la vida perdurable

Sobre las palabras: "Y fue la mano del Señor conmigo, y me sacó en el Espíritu del Señor... (Ezequiel, XXXVII, I.)

1. El principio de toda buena obra es la esperanza de la resurrección, pues la vista de la recompensa es la que sostiene al alma para emprender las buenas obras. Y así vemos que el obrero está dispuesto a trabajar porque ve delante el premio de sus trabajos; en cambio, los que trabajan sin esperar ninguna recompensa, decaen pronto de cuerpo y alma. Y el soldado, a vista de la corona, se lanza presto al combate; mas ninguno está dispuesto a sacrificar su vida por aquel rey que no sabe recompensar los trabajos sufridos por él. Pues del mismo modo el alma que cree en la resurrección, ella misma se modera y se obliga a vivir bien; en cambio, la que no lo cree, pronto se entrega a la perdición.

El que cree que su cuerpo está reservado para resucitar un día, mira bien por esta vestidura y no la mancha por medio de la fornicación; en cambio, el que no cree en la resurrección se entrega a la fornicación y abusa de su cuerpo como si fuera ajeno. Es, pues, precepto de la santa Iglesia católica el creer en la resurrección de los muertos. Y este dogma es grande y necesario, al que muchos contradicen, pero que se prueba plenamente ser verdadero. Lo niegan los griegos, no lo creen los samaritanos y los herejes se burlan. La oposición es múltiple; la verdad, una.

2. Los samaritanos, juntamente con los griegos, nos dicen a voz en grito: El que muere se acaba, se pudre, se convierte en gusanos, y éstos, a su vez, mueren también. Siendo, pues, tanta la ruina y podredumbre del cuerpo, ¿cómo va a resucitar? Los que naufragan son devorados por los peces, y éstos han de ser igualmente devorados: los osos y los leones deshacen hasta los huesos de aquellos con quienes luchan, y los buitres y los cuervos se comen la carne de los muertos arrojados al campo, y después se esparcen por toda la tierra.

¿Cómo, pues, se va a juntar ese cuerpo? Sucede, además, que de esas aves que devoraron el cuerpo, una muere en la India, otra en Persia y otra en Gotia. El viento y las lluvias, por otra parte, esparcieron las cenizas de los que fueron quemados, ¿cómo se va a juntar eso en un cuerpo?

3. Para ti, hombre pequeñísimo y débil, está muy lejos la India de Gotia, y España de Persia; pero para Dios, que tiene todo el mundo en la mano, todo está cerca. No calumniéis, pues, a Dios de impotencia, por vuestra debilidad, sino atender más bien a su poder. El sol, que es una obra pequeña de Dios, puede calentar con los mismos rayos a todo el mundo; el aire creado por Dios envuelve todas las cosas de la tierra, ¿y Dios, creador del sol y del aire, distará mucho del mundo? Suponed que se mezclan diversas clases de semillas (a los débiles en la fe hay que ponerles ejemplos fáciles) y que todas ellas están cerradas en vuestros puños, ¿será para un hombre cosa difícil o, más bien sencilla, el distinguir lo que está en el puño y poner a cada semilla con las de su clase? Pues si tú puedes separar unas de otras las cosas que tienes en tu puño, ¿no podrá discernir Dios lo que está contenido en su mano y reducirlo a su propia clase? Pensad en lo que digo y ved si no sería impío el negarlo.

4. Entrad dentro de vosotros y atended también a la razón misma de la justicia. Vosotros, por ejemplo, tenéis varios criados, de los cuales unos son buenos y otros malos. A los buenos los favorecéis, y a los malos los castigáis. Pues si vosotros, hombres mortales, guardáis la justicia, Dios, Rey de todo y sin sucesor, ¿no va a tener consideración y justicia con cada uno? Impiedad sería el negarlo. Atended, pues, a lo que se dice. Muchos homicidas han muerto en sus lechos sin castigo alguno. ¿Dónde está la justicia de Dios? A veces, un reo de cuarenta homicidios, paga con

una vez que le corten la cabeza. ¿Con qué pagará el castigo de las otras treinta y nueve? Si no hubiera juicio y retribución después de este mundo, podríais tachar a Dios de injusticia; así es que no os extrañéis el que el juicio se retrase. Todo luchador es coronado o confundido después de terminada la lucha, y el árbitro de ella jamás corona a los que están aún luchando, sino que espera a que todos los combatientes terminen, para que se adjudiquen con justicia los premios y las coronas. Pues de igual modo Dios, mientras dura la lucha de este mundo, socorre parcialmente a los justos, pero el premio completo lo deja para el fin.

5. Si es cierto que los muertos no resucitan, ¿por qué se condena a los que profanan los sepulcros? Si él ha desaparecido, si ya no hay esperanza de su resurrección, ¿por qué ha de sufrir el castigo quien viola las tumbas? Por esto podéis ver que, aunque se niegue con los labios la resurrección, queda en la conciencia indeleblemente impresa.

6. Un árbol cortado vuelve a florecer, ¿y el hombre cortado de este mundo no puede florecer? Lo que se sembró y se cosechó queda para las trojes; ¿y el hombre segado de este mundo no va a quedar? Los sarmientos y los ramos de los diversos árboles viven y dan frutos aun cuando sean despojados por completo y transplantados, ¿y el hombre por quien esas otras cosas fueron hechas, no va a resucitar después de haber caído en tierra? Comparemos el trabajo y veamos cuál es mayor: ¿hacer una estatua que no existía o volver a su forma primitiva a la que la había perdido? Pues Dios, que nos sacó del no ser al ser, ¿no podrá devolvernos a la vida después de muertos? Pero quizá no deis fe a lo que está escrito sobre la resurrección, porque sois griegos... Pues fijad vuestra atención en lo que sucede en la naturaleza, y reparad en lo que hasta el día de hoy se está viendo. Siémbrese un grano de trigo, si queréis, o de otra clase de semilla. Sembrado en la tierra, se muere y se pudre, y ya es imposible de comer; pero el grano así podrido se levanta verde, y siendo poca cosa al caer, es ya hermosísimo. El trigo y las demás semillas se hicieron para nuestro uso, pues si lo que ha sido creado para nosotros vuelve a la vida después de muerto, ¿nosotros, por cuya causa fue lo otro, no resucitaremos después de morir?

7. Como veis ahora es tiempo de invierno. Los árboles se hallan como muertos. ¿Pues dónde están las hojas de la higuera?

¿Dónde los racimos de la vid? En invierno todo está seco, en primavera verde, y cuando llega el tiempo todo vuelve como de la muerte a la vida. Pues como Dios vio nuestra incredulidad puso en estas cosas visibles una resurrección anual, para que al ver lo que sucede en estas cosas sin alma, creyésemos lo que se afirma de los seres racionales. Y muchas veces sucede que las abejas y las moscas ahogadas en el agua vuelven a revivir al cabo de una hora. Los escuerzos y demás sabandijas que durante el invierno permanecen sin movimientos, reviven en el verano (y os pongo estos ejemplos tan bajos porque quiero adaptarme a vuestro sencillo modo de discurrir). Por lo tanto, el que a cosas tan despreciables e irracionales concede por modo superior la vida, ¿no nos la concederá a nosotros, cuando por nuestra causa hizo todas esas cosas?

8. Pero los griegos quieren ver una resurrección de los muertos más clara todavía, y dicen que si esas cosas resucitan es porque no se habían podrido plenamente, y así desean ver con toda claridad que un animal que esté del todo corrompido vuelva a resucitar. Dios conocía la incredulidad del hombre, y por esto preparó un ave, que se llama Fénix, la cual, como escribe Clemente y otros muchos lo cuentan también, es cosa única en su género, pues dicen que viene a Egipto cada cuatrocientos años y es un ejemplo de la resurrección; y esto no se realiza en lugares desiertos para que no sea conocido, sino en una ciudad ilustre, para que se palpe con las manos lo que pudiera parecer increíble. Haciéndose, pues, esta ave un nido de incienso, mirra y otros aromas y entrando en él al cumplirse el curso de sus años, muere verdaderamente y se corrompe. Luego de esa carne podrida y muerta nace en seguida un gusano que, creciendo poco a poco, llega a transformarse en ave. No dejéis de creer esto, pues ya conocéis que las abejas se van transformando de gusanos en abejas, y también veis que de huevos muy líquidos salen plumas, huesos y nervios de aves. Luego al ave Fénix le crecen las alas y llega a ser perfecto como era antes, volando por los aires como antes de morir, siendo para los hombres una prueba clarísima de la resurrección.

Admirable es el ave Fénix, pero no deja de ser ave irracional y que jamás ha cantado himnos a Dios. Vuela por el aire, pero no sabe quién es el Unigénito Hijo de Dios. Pues si a un animal irracional y que no conoce al Creador se le concede la resurrección,

a nosotros, que glorificamos a Dios y guardamos sus preceptos, ¿no se nos ha de conceder?

35. Séame permitido deciros a vosotros ahora: “Alegraos, cielos, y recójese la tierra, etc., porque Dios se ha compadecido de su pueblo y ha consolado a los humildes de su pueblo”. Esto será por la bondad de Dios que os dice: “He aquí que yo borraré como niebla vuestras iniquidades y vuestros pecados”.

Y vosotros, los que habéis merecido el nombre de fieles (de quienes se ha escrito: “a los que me sirven se les llamará con un nombre nuevo, que será bendito sobre la tierra”), diréis con alegría: “Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales del cielo, en Cristo, con quien somos redimidos por medio de su sangre, y en quien tenemos el perdón de los pecados, según la riqueza de su gracia, que ha derramado con abundancia sobre nosotros”, etc. Y también: “Y Dios, que es rico en misericordia, por el mucho amor con que nos amó, estando nosotros muertos por el pecado, nos vivificó en Cristo”, etc.

Alabad también por igual manera al Señor de todos los bienes diciendo: “Después que la bondad y misericordia de Dios nuestro Salvador apareció, nos salvó, no por las obras de justicia que nosotros hicimos, sino por su misericordia, haciéndonos renacer por el bautismo, y renovándonos por el Espíritu Santo, que derramó copiosamente sobre nosotros por medio de nuestro Señor Jesucristo para que, justificados por su gracia, seamos herederos de la vida eterna, conforme a lo que esperamos”.

El mismo Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, “Padre de la gloria, os dé el espíritu de sabiduría y dé revelación para conocerle a El, iluminados los ojos de la mente” y os guarde siempre en obras, palabras y pensamientos buenos.

A El sea la gloria, la honra y el poder por medio de nuestro Señor Jesucristo, juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre, y por todos los siglos de los siglos eternos. Amén.

CINCO CATEQUESIS MISTAGOGICAS

MISTAGOGICA PRIMERA

De las ceremonias del bautismo

1. Ya hacía tiempo que deseaba, oh hermanos y queridísimos hijos de la Iglesia, tratar con vosotros de estos espirituales y celestiales misterios. Mas, como estaba plenamente convencido de que la fe que entra por los ojos es mucho mayor que la que entra por los oídos, he esperado hasta la presente ocasión para que, hallándoos mejor preparados por vuestra misma experiencia, os pudiese conducir más fácilmente a este espléndido y oloroso prado del paraíso.

Por lo demás, ya habéis sido hechos dignos de tales divinos misterios, por medio del sagrado y vivificador bautismo. Mas cuando se os tenga que poner la mesa de otros mejores dones, estad seguros que os enseñaremos cuidadosamente para que podáis conocer la fuerza y la operación que se obró en vosotros la víspera de vuestro bautismo.

2. Primeramente entrasteis en el pórtico del Bautisterio, y estando vueltos hacia el occidente se os mandó extender la mano y renunciar a Satanás, como si estuviera presente. Mas conviene que sepáis que la figura de esto está ya contenida en la Historia Sagrada del Antiguo Testamento. Porque cuando el acerbísimo y cruel tirano Faraón oprimía al generoso y libre pueblo de los hebreos, mandó Dios a Moisés que los sacase de la esclavitud de los egipcios. Y los postes de las puertas se untaron con la sangre del cordero, para que el Angel exterminador pasase sin tocar a las que estaban señaladas; y así, con estos modos maravillosos, fue

rescatado el pueblo hebreo. Mas cuando el enemigo persiguió a los liberados, el mar se abrió maravillosamente y se volvió a unir, dejando a los egipcios sumergidos en las aguas del mar Rojo.

3. Vamos ahora a pasar de lo antiguo a lo nuevo, y de aquellas figuras a la verdad. Allí fue enviado Moisés a Egipto; aquí es Cristo quien es mandado al mundo. Aquél para que diese libertad al pueblo oprimido; Cristo para rescatar en el mundo a los esclavizados por el pecado. Allí la sangre del Cordero fue la señal del ángel exterminador; aquí la sangre del Cordero inmaculado fue la causa que arrojó al demonio. Aquel tirano persiguió hasta el mar al pueblo viejo; y también a ti el malvado príncipe de los demonios te perseguía hasta las fuentes saludables del bautismo. Aquél fue sumergido en el mar; a éste se le sofocó en el agua saludable.

4. Oyes que se te manda extender la mano como hacia uno que está presente y decir: *Renuncio a ti, Satanás*.

Y voy a explicaros por qué motivo se os manda mirar a occidente. Porque el occidente es el lugar de las tinieblas sensibles, y él tiene su imperio en las tinieblas, porque él mismo es tinieblas; y por esto, para guardar la razón de lo que esto significa, renunciáis a Satanás mirando hacia el ocaso. ¿Qué es, pues, lo que dijo cada uno de vosotros estando de pie? Renuncio a ti, Satanás, maligno y cruelísimo tirano. Y dices que no temes más su poder porque ya le derrotó Cristo al tomar nuestro cuerpo y nuestra sangre para abolir la muerte y para que saliésemos de la esclavitud.

Renuncio a ti, astuta y repugnante serpiente; renuncio a ti, porque eres traidora e inventaste toda inicua simulación en la amistad, y a nuestros primeros padres les sugeriste la caída; renuncio a ti, Satanás, autor y ministro de toda maldad.

5. Después de la segunda fórmula se te enseña a pronunciar: "*Y a todas tus pompas*". Todas las obras de Satanás, cualquiera que sean, siempre son pecado, y por lo mismo es necesario renunciar a ellas; de igual modo que si alguno hace huir al enemigo arroja también sus armas. Así, pues, toda clase de pecado se ha de enumerar entre las obras del diablo.

Pero has de saber una cosa: que todo lo que dices en aquella hora solemne está ya consignado en los libros santos, y, por lo mismo, cuando admitas algo contrario a esto serás tenido como un traidor.

Así, pues, fíjate que renuncias a Satanás y a todas las obras y pensamientos que se apartan de la recta razón.

6. Después dices: *Y a todas tus pompas*. Pompas del diablo son: las locuras de los teatros, las carreras de caballos, las correrías de caza en el circo y toda vanidad semejante a esto, de la cual el santo profeta pide a Dios que le libre cuando dice: *Aparta mis ojos para que no vean la vanidad*.

No tomes con calor y apego de corazón el teatro, donde se ven los gestos, casi siempre obscenos de los comediantes; ni los bailes, llenos de locura, de hombres afeminados; ni a los que en las cazas del circo se exponen a las fieras para pasarlas la mano por su infeliz vientre, los que, para ganarse con que vivir, llegan a veces a ser pasto de las crueles fieras; y así por el vientre, a quien sólo reconocen como a Dios, llegan a poner su vida en verdadero peligro con estas luchas y peligrosas pruebas. Huye también de las carreras de caballos, que son del todo nocivas, y que suelen hacer caer a las almas que están en pie. Pues todo esto son pompas del diablo.

7. También todo aquello que en las fiestas de los ídolos se suele usar, ya sean carnes o panes, o cosas semejantes, que ha sido contaminado con la invocación de los impuros demonios, se ha de considerar como pompas del diablo.

Pues así como el pan y el vino de la Eucaristía, antes de invocar a la Santa Trinidad, se queda en puro pan y vino, mas después de hecha la invocación se convierten en Cuerpo y Sangre de Cristo, del mismo modo los alimentos que pertenecen a la pompa de Satanás, aun cuando de suyo son cosa común y sin más de particular, cuando se hace la invocación de los demonios, se vuelven profanos e impuros.

8. Después dices: *Y a todo tu culto*. Culto del diablo son las súplicas que se hacen a los ídolos en los templos, las honras que se hacen a los inanimados simulacros, el encender lámparas o el ofrecer perfumes a las fuentes o a los ríos. Como suelen hacer algunos que engañados por fraude del demonio, se acercan a las aguas, seguros de que han de encontrar medicina para sus enfermedades corporales u otras cosas semejantes.

No te mezcles tú en tales cosas. Pues los augurios, adivinaciones, agüeros, amuletos, las inscripciones de metales, la magia y otras malas artes son culto del diablo. Huye, pues, de todo esto.

Porque si sucumbieres en esto, después de tu renuncia a Sata-

nás y entrega de ti a Cristo, sábetete que experimentarás a un mucho más cruel tirano, pues el que antes te trataba como a un familiar y te imponía una cierta y dura servidumbre, ahora te la has aumentado tú mucho más, y así, privándote de Cristo, experimentarás la sujeción de aquél.

¿No oíste nunca lo que nos cuenta la Historia Sagrada de lo que les pasó a Lot y a sus hijas? ¿No ves cómo se salvaron Lot y sus hijas cuando subían al monte, y en cambio su mujer quedó convertida en estatua de sal, para que fuese perpetuo monumento y guardase recuerdo de su mala curiosidad y de las futuras conversiones? Cuídate, pues, de ti mismo, y puesta la mano en el arado, no vuelvas la vista atrás, y te vuelvas al amargo sabor de las cosas de esta vida, sino huye al monte, que es Cristo, a aquella piedra que fue extraída sin mano alguna y que llenó todo el mundo.

9. Así, pues, cuando renuncias a Satanás, rompiendo todo pacto con él y las viejas alianzas con el infierno, se te abre el paraíso de Dios que fue plantado al oriente y del cual, por haber traspasado el mandato de Dios, fue arrojado nuestro primer padre. Y el símbolo de esto es cuando te volviste desde el occidente hasta el oriente o región de la luz.

Entonces se te mandó que dijeras: “Creo en el Padre, y en el Hijo, y en el Espíritu Santo, y en un bautismo de penitencia.” De las cuales cosas, en cuanto nos fue posible con la divina gracia, ya te lo explicamos largamente en las anteriores catequesis.

10. Pertrechado, pues, con estas palabras, vigila. Porque el diablo, nuestro enemigo, está como león rugiente, buscando a quien devorar. Y en los tiempos primitivos quien devoraba era la muerte vencedora; pero después Dios quitó toda lágrima de los rostros de los hombres por medio del santo bautismo de la regeneración. Porque una vez despojado del viejo hombre no llorarás más, sino que celebrarás fiesta grande, revestido de la estola de salvación que es Jesucristo.

11. Y esto se ha celebrado en el vestíbulo exterior; pero cuando Dios mediante, para las siguientes catequesis mistagógicas, entremos en el Santo de los santos, allí conoceremos los símbolos de cuanto se hace.

A Dios Padre sea la gloria, el imperio y la magnificencia juntamente con el Hijo y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

SEGUNDA CATEQUESIS MISTAGOGICA

De las ceremonias del bautismo (Continuación)

1. Útiles nos son las catequesis mistagógicas (o sea, las instituciones hechas para explicar los misterios), pues siempre tienen nueva doctrina y nos dicen nuevas cosas; y esto más a vosotros que habéis salido de una vieja a nueva vida.

Por esto os voy a explicar lo que sigue a la catequesis de ayer, para que conozcáis los símbolos de lo que se hizo con vosotros en el interior del Bautisterio.

Al punto de entrar fuisteis despojados de la túnica, que era imagen de la expoliación del viejo hombre con todos sus actos. Os despojasteis, y desnudos, para imitar a Cristo también en la cruz, con cuya desnudez despojó a los principados y potestades y salió vencedor de todos ellos.

Y porque en vuestros miembros habitaban los poderes enemigos, ya no os es lícito llevar más la vieja túnica; no digo la que aparece al exterior, sino la del viejo hombre que se corrompe en el deseo del error.

Y ojalá que el alma no llegue nunca a vestírsela de nuevo, una vez que se la ha quitado; sino diga con la esposa de Cristo, según el Cantar de los Cantares: “Me he despojado de mi túnica, ¿cómo me la volveré a poner?”

¡Oh cosa admirable! Os quedasteis desnudos delante de todos, y no os avergonzabais. Realmente erais imagen de Adán, el primer padre, que estando en el paraíso no se avergonzaba.

2. Después de despojados, se os ungió con óleo exorcizado, desde la cabeza hasta los pies; y fuisteis hechos participantes del verdadero olivo, Jesucristo. Porque arrancándoos de un falso olivo, fuisteis injertados en otro bueno, y así os hicisteis participantes de la abundancia del verdadero olivo.

Así, pues, el óleo exorcizado era figura de la comunicación de la gracia de Cristo, la cual borra inmediatamente todo vestigio del poder enemigo. Porque así como las inspiraciones de los santos y la invocación del nombre de Dios, al modo de unas vehementes llamas, abrasan y hacen huir a los demonios, del mismo modo, el óleo exorcizado por la invocación de Dios y la oración adquiere

tanta fuerza, que no sólo quema los rastros de los pecados, sino que hace huir a todos los espíritus invisibles de los demonios.

3. Después fuisteis llevados a la santa piscina del Bautismo, del mismo modo que Cristo lo fue desde la cruz al sepulcro.

Y se os preguntó a cada uno de vosotros, si creía en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Y después de confesar esto, fuisteis sumergidos por tres veces en el agua, y otras tantas sacados; y con esto significasteis la sepultura de los tres días del mismo Jesucristo. Porque así como nuestro Salvador estuvo tres días y otras tres noches en el vientre de la tierra, así vosotros imitasteis con la primera inmersión la primera noche de Cristo y con la salida el primer día.

Porque así como el que se encuentra de noche no ve nada y el que anda de día todo lo percibe, del mismo modo en la inmersión, no visteis nada, como si fuera de noche, mas en la salida fuisteis sacados como a la luz del día, y en el mismo momento quedasteis muertos y renacisteis, y aquella agua salvadora os sirvió a la vez de sepulcro y de madre.

Y lo que Salomón decía de otras cosas, a vosotros os cuadra admirablemente, porque decía él: "Hay tiempo de nacer, y tiempo de morir". Y a vosotros, por el contrario: tiempo de morir y tiempo de nacer; es decir, que un mismo instante hizo ambas cosas, y vuestra muerte concurrió con vuestra natividad.

4. ¡Oh nuevo e inaudito género de cosas! No hemos muerto ni hemos sido sepultados, ni hemos resucitado después de crucificarnos con toda la realidad de la palabra, sino que hemos imitado la figura de esas cosas y hemos obtenido la verdadera salud. Cristo sí que realmente fue crucificado y sepultado y resucitó; y todo esto se nos ha concedido a nosotros por la gracia, para que siendo participantes de sus pasiones por la imitación, ganásemos también de hecho la salvación.

¡Oh exuberante amor para con los hombres! Cristo recibió los clavos en sus inmaculados pies y manos, sufriendo el dolor, y a mí, sin experimentar ningún trabajo ni dolor, se me dio la salvación por la comunicación de sus sufrimientos.

5. No piense nadie, pues, que el bautismo fue hecho sólo para la remisión de los pecados, y para la adopción, como era el bautismo de Juan, que sólo perdonaba los pecados, sino que, como bien sabemos todos, además de quitar el pecado y darnos

el don del Espíritu Santo, es también el tipo y expresión de la Pasión de Cristo. Por esto, el mismo Pablo decía clamando: ¿No sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo, hemos sido bautizados en su muerte? Pues hemos sido sepultados en la muerte con El, por medio del Bautismo.

Y esto lo decía por aquéllos que piensan que el bautismo sólo concede la adopción y remisión de los pecados, pero no la participación de los verdaderos sufrimientos de Cristo, según cierta imitación.

6. Pues para que sepamos que Cristo padeció todo esto por nosotros y por nuestra salvación, no solamente en apariencia, sino real y verdaderamente, y que nosotros somos hechos participantes de sus dolores, Pablo con mucha insistencia clamaba: “Si hemos sido hechos participantes por semejanza de su muerte, también lo seremos de su resurrección”.

Hermosamente dice, *injertados*; porque aquí (1) está plantada la verdadera vid, y nosotros por la comunicación de la muerte del Bautismo, hemos sido injertados en él. Advierte, pues, con mucha atención la mente del Apóstol; pues no dijo: *Si hemos sido injertados en El por la muerte*, sino por la semejanza de la muerte. Pues en Cristo se dio verdaderamente la muerte, ya que el alma estuvo separada de su cuerpo; y fue verdadera su sepultura, porque su cuerpo fue envuelto en una sábana limpia, y todo esto sucedió en él verdaderamente; mas en vosotros existe solamente la semejanza de la muerte y de los dolores; aunque de la salvación, no la semejanza, sino la misma realidad.

7. Todo esto, que ya creo os he enseñado suficientemente, os ruego que trabajéis por retenerlo en la memoria, para que yo, aunque indigno pueda deciros: Os quiero porque siempre os acordáis de mí y de lo que os enseñé.

Porque Dios es poderoso, para haceros andar con una vida nueva, a vosotros que os ha sacado vivos de entre los muertos.

A El, pues, la gloria y el imperio, por los siglos de los siglos. Amén.

NOTA

1. San Cirilo se refiere al lugar del sepulcro de Cristo que estaba en Jerusalén.

TERCERA CATEQUESIS MISTAGOGICA

De la Confirmación

1. Bautizados en Cristo, y revestidos de El, habéis sido hechos semejantes en la forma al Hijo de Dios. Pues Dios, que nos predestinó para la adopción, nos hizo conformes al Glorioso cuerpo de Cristo. Así, pues, hechos participantes de Cristo, no sin razón sois llamados Cristos; pues de vosotros dijo Dios: *No toquéis a mis Cristos*. Y así habéis sido hechos de Cristo cuando recibisteis la prenda del Espíritu Santo. Y todo en vosotros fue hecho como imagen, ya que sois imágenes de Cristo.

Y El, cuando fue bautizado en el Jordán, comunicó a las aguas los efluvios olorosos de su divinidad, y salió de ellas, y el Espíritu Santo descendió corporalmente descansando sobre El, como sobre otro igual.

E igualmente a vosotros, después que subisteis de las sagradas aguas de la piscina, se os fue dado el crisma, figura de aquél con que Dios fue ungido, es decir, del Espíritu Santo. Del cual, el bienaventurado Isaías en la profecía que a él se refiere, dice por boca del Señor: "El Espíritu del Señor está sobre mí, por lo cual me ungió: me envió a evangelizar a los pobres".

2. Cristo no fue ungido con óleo o unguento corporal, sino que el Padre al constituirle Salvador de todo el mundo le ungió con el Espíritu Santo, como dice San Pedro: "Jesús de Nazaret a quien Dios ungió con el Espíritu Santo".

Y el profeta David clamaba diciendo: "Tu trono es, Dios, por los siglos de los siglos. La vara de rectitud es la vara de tu reino. Amaste la justicia y odiaste la maldad, por eso el Señor te ungió con el óleo de la alegría, mucho más que a todos tus amigos". Y así como Cristo verdaderamente fue crucificado y sepultado y resucitó, y a vosotros, por divina dignación os fue concedido en el bautismo ser crucificados, y sepultados, y después resucitar de una manera semejante, lo mismo ocurre con el crisma.

El fue ungido con el óleo racional de la alegría, es decir, del Espíritu Santo; que es llamado óleo de la alegría, porque él es autor de toda espiritual alegría; mas vosotros fuisteis ungidos con unguento y fuisteis hechos consortes y participantes de Cristo.

3. Por lo demás, no creáis que este es un simple y despreciable unguento. Porque así como el pan de la Eucaristía, después de la invocación del Espíritu Santo, ya no es pan común, sino el Cuerpo de Cristo, del mismo modo este mismo santo unguento después de la invocación ya no es un simple o común unguento, sino un don de Cristo y un poder eficaz del Espíritu Santo por la presencia de su divinidad.

El cual unguento se derrama simbólicamente en la frente y en los demás sentidos, para que mientras se unge visiblemente el cuerpo, el alma sea santificada por el santo y vivificador Espíritu.

4. Y primeramente fuisteis ungidos en la frente para que, librados de aquella vergüenza que el primer hombre transgresor llevaba consigo; y pudieseis contemplar con cara levantada la gloria del Señor como en un espejo.

Después en los oídos, para que recibieseis sentidos capaces de oír los divinos misterios, de los cuales decía Isaías: “Y me añadió el Señor un oído para oír”, y Jesús en el Evangelio dice: “El que tenga oídos para oír, que oiga”.

Después en las narices, para que percibiendo el unguento divino, pudieseis decir: “Somos buen olor de Cristo para Dios, en aquellos que se salvan”.

Finalmente, sois ungidos en el pecho, para que revistiéndoos la coraza de la justicia, pudieseis estar fuertes para resistir las insidias del diablo. Pues así como Cristo después del bautismo y de la venida del Espíritu Santo en sí, salió y derrotó al enemigo, así vosotros, después de recibir el santo bautismo y el místico unguento revestidos de toda la armadura del Espíritu Santo, debéis resistir al poder enemigo y derrocarlo diciendo: *Todo lo puedo en Aquel que me conforta, Cristo.*

5. Una vez hechos dignos de este santo crisma, sois llamados cristianos, habiendo conseguido la verdad de este nombre por medio de la regeneración; porque antes de que os hubiese sido concedida esta gracia, propiamente no erais dignos de llevar este nombre, sino que os esforzabais por llegar a él.

6. Mas conviene que sepáis que en el Antiguo Testamento existe ya una figura de este crisma o unción.

Pues cuando Moisés comunicó con su hermano el divino mandato, al constituirle en Sumo Sacerdote, le ungió después de lavarle con agua y fue llamado Cristo, a causa del crisma o de la

unción figurativa. Y lo mismo, el Sumo Pontífice, cuando le constituyó rey a Salomón, le ungió después de lavarle en Gihón. Y esto les sucedía a ellos en figura y representación, mas a vosotros no en figura, sino de verdad; porque de hecho habéis sido ungidos con el Espíritu Santo. El principio de vuestra salud es Cristo: pues El es verdaderamente las primicias, y vosotros los granos desparramados: ahora bien, si las primicias son santas, no hay duda que la santidad se ha de extender también a los granos desparramados.

7. Guardad inmaculado este crisma, pues él os enseñará todo, si permaneciese en vosotros, como poco antes oísteis hablar a San Juan y disertar acerca de esta unción. Porque este santo crisma es como un amuleto espiritual del cuerpo, y una defensa salvadora del alma.

Ya en los tiempos antiguos decía de él el bienaventurado profeta Isaías: “Y hará el Señor para todas las gentes en este monte” (y llama monte a la Iglesia también en otros lugares, como cuando dice: “Y quedará en los últimos días el monte elevado del Señor”; beberán vino, beberán alegría y se ungirán con óleo). Y para que te confirmes más en esto, oye lo que de este santo unguento simbólicamente dice: “Entrega todo esto a las gentes, y que el consejo del Señor sea sobre todas las naciones”.

Ungidos, pues, con esta santa unción, guardadla en vosotros inmaculada y limpia de toda culpa, aprovechando por medio de las buenas obras y agradando al autor de vuestra salvación que es Cristo Jesús, a quien es debida la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

CUARTA CATEQUESIS MISTAGOGICA

De la Eucaristía

1. Aun la sola narración de San Pablo sería suficiente para cercioraros acerca de estos divinos misterios; de los cuales siendo dignos os habéis hecho concorpóreos y consanguíneos de Cristo.

Pues dice él: “En aquella noche en la que Cristo Nuestro Señor era entregado, tomando el pan y dadas las gracias, lo partió y se lo dio a sus discípulos, diciendo: Tomad y comed, este es mi

cuerpo. Y tomando el Cáliz y hechas las gracias, dijo: Tomad y bebed, esta es mi sangre". Cuando El pronunció y dijo del pan: *Este es mi cuerpo*, ¿quién se atreverá después a dudar? Y cuando El afirmó y dijo: *Esta es mi sangre*, ¿quién dudará jamás de que no es su sangre?

2. En otro tiempo cambió el agua en vino, lo cual se parece a la sangre, cuando estuvo en Caná de Galilea; ¿y vamos a pensar que es poco digno de creer, el que convirtiese el vino en sangre? Llamado a las bodas naturales, hizo este estupendo milagro; ¿y no hemos de pensar con más razón que a los hijos del tálamo nupcial, les dio su cuerpo y su sangre para que los saboreasen?

Por lo cual estemos plenamente persuadidos de que son el cuerpo y la sangre de Cristo. Pues en la figura de pan se te da el cuerpo, y en la de vino la sangre; para que al tomar el cuerpo y la sangre de Cristo, te hagas un solo cuerpo, y una sangre con él.

Y así, al distribuirse su cuerpo y su sangre por nuestros miembros, como hechos *Cristíferos*, y según palabras de San Pedro, participantes también de la naturaleza divina.

3. En otra ocasión, disputando Jesucristo con los judíos, decía: "Si no tomáis mi cuerpo y bebéis mi sangre, no tendréis vida en vosotros." Mas como ellos no tomasen en sentido espiritual lo que se les decía, se retiraron ofendidos, pensando que se les exhortaba a que comiesen carne.

4. En la Antigua Alianza existían los panes de la Proposición; mas esto, como era cosa del Antiguo Testamento, llegó ya a su fin. Mas en el Nuevo Testamento existen un pan celestial y una saludable bebida que sirven para satisfacer el cuerpo y el alma. Pues así como el pan es útil para el cuerpo, del mismo modo el Verbo es conveniente para el alma.

5. Por lo cual no mires al pan y al vino eucarísticos como simples y comunes elementos; pues según la afirmación del Señor, son el cuerpo y la sangre de Cristo: y aunque los sentidos te sugieran lo contrario, la fe debe cerciorarte de lo que es en realidad. No juzgues la cosa por el gusto, sino está seguro y sin ningún género de duda, que se te da el don del cuerpo y sangre de Cristo.

6. La razón de todo esto te la da el profeta David diciendo: "Preparaste ante mi vista una mesa, en contra de los que me atribulan". Lo cual quiere decir: Antes de tu venida, los demonios habían preparado a los hombres una mesa contaminada, sucísima,

y llena de poder diabólico; mas cuando tú viniste, Señor, preparaste ante mí la mesa.

Y cuando el hombre dice a Dios: Preparaste ante mi vista una mesa, ¿qué otra cosa puede significar más que la mística y racional mesa que Dios nos preparó completamente distinta a la de los demonios? Y ciertamente: aquella mesa tenía participación con los demonios, mas ésta con Dios.

Llenaste de óleo mi cabeza. El óleo llenó tu frente y tu cabeza por medio del sello que tienes de Dios, para que fueses retrato del sello y santificación de Dios.

Y tu cáliz que me embriaga como óptimo. Aquí ves que se refiere a aquel cáliz que tomando Jesús en su mesa y dando gracias, dijo: Esta es mi sangre, que es derramada por muchos en remisión de los pecados.

7. Por eso Salomón señalando esa gracia dice en el Eclesiastés: *Ven y come con alegría tu pan*, o sea el pan espiritual. *Ven* (llama con palabras saludables y dichosas) y *bebe tu vino con corazón bueno*, el vino espiritual. *Y el óleo se derrame sobre tu cabeza* (¿no se ve aquí cómo se refiere al místico crisma?)

Y en todo tiempo tus vestidos están blancos, porque son agradables a Dios tus obras. Antes, pues, de acercarte a la gracia, tus obras eran vanidad de vanidades. Mas después que te quitaste los viejos vestidos, y te revestiste de los blancos y espirituales, te conviene que siempre estés vestido de blanco. Y no queremos decir con esto, que siempre has de llevar vestidos blancos, sino los que verdaderamente son blancos y espirituales, para que así puedas decir con el profeta Isaías: Regójese mi alma en el Señor, porque me ha vestido con ropa saludable y me ha colocado una túnica de alegría.

8. Al que sabe esto y está imbuido en la fe cierta, el pan que se ve, no es pan, aunque tenga ese gusto sensible, sino el cuerpo de Cristo; y el vino que se ve tampoco es vino, aunque así le parezca al paladar, sino la sangre de Cristo: y por esto antiguamente decía David en los salmos: “Y el pan da fuerza al corazón, para que alegre el rostro con el óleo”. Así, pues, robustece tu corazón tomando ese pan espiritual, y alegra la cara de tu alma; la cual teniéndola cubierta con la conciencia pura, y contemplando la gloria del Señor como en un espejo, vete subiendo de una gloria a otra, en Cristo Jesús y Señor nuestro, a quien es debido el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

QUINTA CATEQUESIS MISTAGOGICA

De las ceremonias de la misa

1. En las precedentes catequesis, habéis oído abundantemente, por la gran misericordia de Dios, cuanto se refería al bautismo, al crisma, y a la comunión del cuerpo y sangre de Cristo; ahora conviene que pasemos a lo que sigue para poner fin y remate al edificio espiritual de vuestra instrucción religiosa.

2. Habéis visto al diácono que alarga el agua para que se laven las manos el sacerdote y los demás presbíteros que rodean el altar de Dios. Pero no lo hacen ciertamente para quitarse las manchas del cuerpo, porque ni al principio de entrar en la iglesia estábamos manchados. Sino que esa ablución de las manos, es el símbolo de la limpieza que vosotros debéis llevar de todos los pecados y prevaricaciones.

Mas como las manos son el símbolo de la acción, al lavarlas queremos significar la inmunidad y pureza de todas nuestras obras. ¿No habéis oído al profeta David explicándonos esto, y diciéndonos: *Lavaré mis manos entre los inocentes y rodearé tu altar, Señor?*

Así, pues, el lavado de las manos es indicio de la inmunidad de los pecados.

3. Después dice el diácono: Hablaos y besaos mutuamente. Y no creáis que ese ósculo es parecido al que se suelen dar los amigos cuando se encuentran en el foro; sino de otro modo muy distinto: pues éste une y reconcilia las almas mutuamente, y promete todo olvido de las injurias. Este ósculo es, pues, la señal del amor de las almas, y el olvido de todas las injurias. Por esto decía Cristo: “Si al ofrecer tu don ante el altar te acordases de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda ante el altar, y vete y reconcíliate antes con tu hermano, y después ofrecerás tu don.

Así, pues, el ósculo es la reconciliación, y por eso es santo, como en alguna parte dice San Pablo: “Saludaos mutuamente con el ósculo santo; y San Pedro dice: con el ósculo de la caridad”.

4. Después dice en alta voz el sacerdote: *Arriba los corazones*. Verdaderamente en este momento conviene tener el corazón levantado a Dios, y no abajo, metido en los negocios de la tierra. Es lo mismo que si el sacerdote mandase que todos, al acercarse

ese momento, apartasen de su imaginación los cuidados y solicitudes de la vida, y tuviesen el corazón en el cielo pendiente de Dios misericordioso.

Después respondéis: *Los tenemos hacia el Señor*; demostrando con estas palabras que obedecéis al precepto anterior. Pero que nadie de vosotros se halle presente, y que cuando diga: *los tenemos hacia el Señor*, tenga su mente ocupada con las preocupaciones de esta vida. Porque en todo tiempo deberíamos estar pensando en Dios; mas si esto nos es imposible por nuestra flaqueza, esforcémonos por lo menos en estos momentos por mantener nuestra atención.

Después de esto dice el sacerdote: *Demos gracias al Señor*: Verdaderamente debemos dar gracias, porque siendo indignos, nos ha llamado a tan grande gracia y siendo enemigos nos ha reconciliado, y ofrecido el espíritu de adopción. A eso respondéis: *Es digno y justo*, porque cuando damos gracias hacemos una cosa digna y justa; mas El, al hacernos dignos de tantos bienes, no obra por justicia, sino fuera de toda justicia.

5. Hacemos después mención del cielo, de la tierra y del mar; del sol y de la luna; de los astros y de toda criatura racional e irracional, visible e invisible; de los ángeles, arcángeles, virtudes, dominaciones, principados, potestades, tronos y querubines dotados de muchas caras, como si quisiéramos decir aquello de David: *Alabad al Señor conmigo*.

También hacemos mención de los serafines que por inspiración divina vio Isaías rodeando el trono de Dios: los cuales se cubrían el rostro con dos alas, y con otras dos volaban y decían: Santo, Santo, Santo es el Señor de los Ejércitos. Y recitamos este trisagio (o alabanza de Dios) que nos enseñan los serafines para unir nuestra común alabanza con las de los Ejércitos celestiales.

6. Después que ya nos hemos santificado por medio de estas alabanzas, rogamos a Dios benigno que envíe al Santo Espíritu sobre los dones presentes: para que convierta el pan en cuerpo de Cristo, y el vino en su sangre; porque todo cuanto toca este Santo Espíritu lo deja transformado y santificado.

7. Luego de terminado el espiritual e incruento sacrificio, sobre la misma hostia de propiciación rogamos a Dios por la paz general de la Iglesia, por el buen gobierno del mundo, por los emperadores, por los soldados, amigos, enfermos, atribulados, y en general, ofrecemos esta Víctima por todos aquellos que tienen necesidad.

8. Después nos acordamos también de los que murieron; primero de los patriarcas, profetas, apóstoles y mártires, para que Dios reciba nuestra oración por medio de su intercesión y valimiento.

Después de los santos padres y obispos difuntos, y en general por todos aquellos que vivieron con nosotros, y ahora son ya difuntos; estando bien seguros de que nuestras oraciones les han de aprovechar para ayuda de sus almas, y tanto más cuanto que se hace delante de la sagrada y tremenda Víctima.

9. Quiero ahora demostraros con un ejemplo, la fe que tenemos en esto: porque veo que muchos dicen: ¿Qué ayuda recibe el alma que muere en pecado, o sin pecado, con que se haga memento de ella en la oración?

Si un rey pusiera en el destierro, a los hombres que le ofendieron, mas después los familiares tejiendo una corona se la ofrecen al rey por el castigo que él les dio, ¿acaso no les habría de mitigar el suplido de su castigo?

Pues del mismo modo, nosotros ofreciendo oraciones a Dios por nuestros difuntos, aunque sean pecadores, no ya tejemos coronas, sino que ofrecemos al mismo Cristo sacrificado por nuestros pecados, solicitando del Dios clemente que se apiade de ellos y de nosotros.

10. Después de esto, recitamos aquella oración que el mismo Salvador enseñó a sus discípulos, llamando a Dios con pura conciencia, *Padre*, y diciéndole: *Padre nuestro que estás en los cielos*. Oh gran bondad y amor de Dios para con los hombres.

Tan grande fue la gracia y el olvido de las ofensas que les concedió a aquellos que se apartaron de El, que les permitió llamarle *padre*, y decir: “Padre nuestro que estás en los cielos”. Y cielos son aquéllos que llevan la imagen celestial, en los cuales mora y habita Dios.

11. *Santificado sea tu nombre*. Santo es por su naturaleza el nombre de Dios, ya sea que nosotros lo digamos, o no. Mas porque a veces es profanado por algunos que pecan, según aquello de: “Por vosotros es continuamente blasfemado mi nombre entre las gentes”, rogamos que el nombre de Dios sea santificado en nosotros.

No que empiece a ser santo lo que antes no era; sino que en nosotros se hace santo cuando nos santificamos nosotros mismos y hacemos cosas santas.

12. *Venga el tu reino.* Del alma limpia es el decir con confianza: “Venga tu reino”. Pues el que oye a Pablo que dice: No reine más el pecado en vuestro cuerpo mortal, y se conserve puro en obras, pensamientos y palabras, ése ha de decir a Dios: Venga el tu reino.

13. *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.* Los santos y bienaventurados ángeles hacen la voluntad de Dios, como dice David en los salmos: “Benedicid al Señor todos sus ángeles haciendo vosotros que sois poderosos su voluntad”. Pues tu oración tiene esa fuerza y significado, como si dijese: Así como en los ángeles se hace tu voluntad, así se haga en mí, Señor, sobre la tierra.

14. *El pan nuestro supersustancial, dánosle hoy.* Nuestro pan común no es supersustancial; mas éste que es santo, sí que lo es; y como si dijéramos está destinado para la sustancia del alma. Este pan no va al vientre y se arroja fuera, sino que se distribuye por todos los miembros para alimentar al cuerpo y al alma. La palabra *hoy* está puesta por *cada día*, del mismo modo que San Pablo dice: “El día de hoy”.

15. *Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.* Muchos son los pecados que cometemos; pues pecamos de pensamiento, de palabra y de obra. Y como dice San Juan: Si afirmásemos que no tenemos pecado, mentimos. Así, pues, hacemos un pacto con Dios, para que nos perdone nuestros pecados, del mismo modo que nosotros perdonamos las deudas a nuestros prójimos. Ponderando, pues, lo que nosotros recibimos y por qué, no nos hagamos remisos en perdonarnos nuestras mutuas ofensas. Porque las ofensas que existen entre nosotros, son pequeñas, leves y fáciles de solventar: mas las que cometemos contra Dios, son grandes y sólo con el auxilio de su bondad, capaces de ser borradas.

Guárdate, pues, de que Dios te cierre el perdón de tus gravísimos pecados, por no perdonar tú unas pequeñísimas y despreciables ofensas.

16. *Y no nos dejes caer en la tentación.* ¿Nos manda el Señor rezar de este modo para que de ningún modo seamos tentados? Y ¿cómo está escrito en otra parte: ¿El varón que no es tentado, no está probado? Y otra vez: “Recibid, hermanos, gran alegría, cuando fuereis probados con varias tentaciones”. ¿Pero es que el

entrar en tentación es ya caer en ella? Porque la tentación es como el paso de un torrente difícil; y aquellos que no son vencidos por las tentaciones, son como aquellos buenos nadadores que salen a flote, y de ningún modo son sumergidos por ellas; mas los que no son así, al entrar en ellas se hunden. Como, por ejemplo, fue el mismo Judas: quien cayendo en la tentación de la avaricia, no supo nadar, sino que fue sumergido y sofocado de cuerpo y alma.

También San Pedro cayó en la tentación de negar a Cristo, pero una vez metido, no se sumergió en ella; sino que esforzándose generosamente, fue librado de la tentación.

Oye además el coro de los santos, quienes librados de la tentación dan gracias de este modo: “Probástenos, Señor, como a la plata en el crisol, nos metiste en el lazo, pusiste trabajos sobre nuestras espaldas, y hombres sobre nuestras cabezas. Pasamos por el agua y el fuego, y por fin nos colocaste en lugar de refrigerio”.

¿No ves cómo se alegran de haber pasado la prueba sin ser por ella vencidos? Por esto se añade: “Sacástenos al refrigerio”, y salir ellos al refrigerio, es lo mismo que ser librados de las tentaciones.

17. *Mas líbranos de mal.* Si aquello de “No nos dejes caer en la tentación”, significase que no fuésemos tentados de ningún modo, no habría añadido: “Mas líbranos del mal”.

El malo es nuestro enemigo, el demonio, del cual pedimos vernos libres. Y al terminar la oración dice: *Amén*; sellando por ese *Amén* que significa, *hágase*, todo lo que se contiene en esa oración dada por Dios.

18. Después de esto dice el sacerdote: “Las cosas santas para los santos”. Cosa santa es lo que permanece en el altar después de recibida la presencia del Espíritu Santo. Y vosotros también sois santos después de recibido el don de ese mismo Santo Espíritu. Así, pues, las cosas santas son para los santos.

Luego añadís vosotros: “Uno es santo, y uno el Señor, Jesucristo”. Pues ciertamente sólo uno es santo y por naturaleza; mas nosotros somos santos, no por naturaleza, sino por participación, por deseo y por el ejercicio de las obras.

19. Oisteis después la voz del salmista invitandoos con divina melodía a la comunión de los santos misterios, y diciendo: “Gustad y ved cuán suave es el Señor”. Y no os propongáis sacar juicio y estima de ese don, sólo por el gusto corporal de la boca, sino

saboreadlo sin la menor falta de fe. Pues a los que lo reciben, no se les hace tomar pan y vino ordinarios, sino el signo y sacramento del Cuerpo y Sangre de Cristo.

20. Y al acercarte no vayas con las palmas de las manos extendidas, ni con los dedos separados, sino poniendo la mano izquierda debajo de la derecha, a manera de trono, como que va a recibir al Rey, y así con la mano cóncava, recibe el Cuerpo de Cristo respondiendo: *Amén*.

Y después de haber santificado cautamente tus ojos con el contacto del santo Cuerpo, tómale, cuidando de que no se te pierda nada de él; porque todo lo que dejares caer, piensa que se te ha quitado de tus mismos miembros. Pues dime, te ruego: si alguno te diese limaduras de oro, ¿no las guardarías con sumo cuidado y diligencia, para que no se te perdiera nada? ¿Pues no has de estar mucho más cuidadoso y vigilante para que no se te caiga ni una miga de lo que es mucho más precioso que las joyas y que el oro?

21. Después de la comunión del Cuerpo de Cristo, acércate a la bebida de la Sangre: no extendiendo las manos, sino inclinado y en actitud de adoración, diciendo: *Amén*. Y tomando de la sangre de Cristo, serás santificado: y cuando aún tienes los labios húmedos, santifica también los ojos, la frente y todos los demás sentidos. Finalmente, esperándote a la oración darás gracias a Dios, que se ha dignado hacerte participante de tan altos misterios.

Guardad íntegras todas estas tradiciones, y vosotros mismos conservaos santos. No os abstengáis de la Comunión; ni traicionéis estos sagrados misterios a causa de vuestros pecados. Mas el Dios de la paz os santifique plenamente, y guarde vuestro cuerpo, alma y espíritu, para la venida de Nuestro Señor Jesucristo. A quien es debida la gloria, el honor y el imperio, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. *Amén*.

NOTA

Algunos manuscritos, como el de Coillin, suelen traer al fin del párrafo tercero unos pequeños fragmentos como si fuesen de San Cirilo, pero esto no puede ser: primeramente por el estilo, que varía bastante del suyo, y sobre todo por la doctrina que él aún no conocía. De estos dos fragmentos, el primero es un extracto de una de las catequesis de San Gregorio de Niza, y que se halla textualmente en las obras de San Juan Damasceno; y el otro es de un autor completamente desconocido, pero cuya fecha la podríamos poner hacia el tiempo de las controversias sobre la doctrina del Espíritu Santo.

INDICE GENERAL

XII.	Encarnación del Verbo. Virginidad de María ...	2
XIII.	Pasión de Jesucristo	13
XIV.	Resurrección y Ascensión de Jesucristo	35
XV.	Del Juicio final	49
XVI.	Del Espíritu Santo Paráclito	57
XVII.	Del Espíritu Santo (continuación)	67
XVIII.	De la Iglesia Católica. La resurrección de la carne	87
XIX.	Mistagógica primera. De las ceremonias del Bautismo	93
XX.	Mistagógica segunda. Del Bautismo (continuación)	97
XXI.	Mistagógica tercera. De la Confirmación	100
XXII.	Mistagógica cuarta. De la Eucaristía	102
XXIII.	Mistagógica quinta. De las ceremonias de la Misa	103